

Henri Godard

Céline escándalo

Traducción de
Laura Claravall

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2025

Título original: *Céline scandale*

© Éditions Gallimard, París, 1994 y 1998 por el posfacio

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2025**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-129747-2-0

Depósito legal: B 13453-2005

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Ulzama Digital

Polígono Industrial Areta, calle 33 - 31620 Huarte

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

1. Un diálogo de sordos	19
2. De una lengua a un estilo	29
3. La violencia de este siglo	47
4. Lo trágico de la condición humana	59
5. La lucha contra la muerte	75
6. Una escritura que responde a la violencia	83
7. Lo cómico	91
8. Los panfletos y sus ambigüedades	97
9. Las enseñanzas del antisemitismo céliniano	103
10. El racismo, negación de un valor absoluto	111
11. La cuestión de las «causas»	115
12. Novela y racismo. La sabiduría de la novela	121
13. Novelas y panfletos	135
14. De escándalo en escándalo	141
15. Literatura y moral	149
16. Una especie de victoria	155
Posfacio (1997)	159

Para Janine

Se reprocha a Homero la matanza con que llena su antro, la *Iliada*; a Esquilo, la monstruosidad; a Job, a Isaías, a Ezequiel, a san Pablo, los dobles sentidos; a Rabelais, la desnudez obscena y la ambigüedad perniciosa; a Cervantes, la risa páfida; a Shakespeare, la sutileza; a Lucrecio, a Juvenal, a Tácito, la oscuridad; a Juan de Pathmos y a Dante Alighieri, las tinieblas.

Ninguno de estos reproches puede dirigirse a otros espíritus muy grandes, menos grandes. [...] no tienen ni exageración, ni tinieblas, ni oscuridad, ni monstruosidad. ¿Qué les falta? Eso.

VICTOR HUGO

William Shakespeare

Primera parte, libro II

Tomemos a nuestros contemporáneos más impac-
tantes. Sé que quería hablarme de Céline y de Bec-
kett; el significado de todo ese arte no es tanto el
abandono. Aquello que se ha dado en llamar el mi-
serabilismo es siempre una especie de ira, de defen-
sa frente a los dioses desconocidos. No creo que
haya muchos ejemplos de un ámbito negro que fue-
se sólo eso. Tras los Goya más siniestros, siempre
hay una especie de llamada a la esperanza que re-
sulta extraordinariamente inesperada, pero que el
tiempo revela muy bien.

ANDRÉ MALRAUX

Conversación con Kommen Becirovic (1969)

Cahier de l'Herne *André Malraux*, p. 18

Este libro nació de la irritación, la de escuchar constantemente cómo se repite el mismo discurso sobre Céline. Más de treinta años después de su muerte seguimos sin salir del bucle que, en cuanto se pronuncia su nombre, remite de «gran escritor» (cuando no «gran estilista») a «antisemita», y de «antisemita» de nuevo a «gran escritor». Lo malo es que la contraposición de estos términos fascina tanto que nadie se plantea siquiera preguntarse por el significado de cada uno de ellos: ¿en qué, exactamente, hasta qué punto Céline es un gran escritor? (Y previamente: ¿ha existido alguna vez un gran estilo que fuese sólo estilo?) ¿En qué consiste, exactamente, esa «pequeña música» que tan a menudo se menciona para zanjar el asunto? ¿Qué pasa, en realidad, vistas las interpretaciones que a veces proponen algunos, con ese antisemitismo que la mayoría sólo conoce de oídas, ya que no han podido leer los textos? De entrada, habría que intentar precisar de qué estamos hablando. Una vez definamos los términos, quizá el problema no se plantee de la misma manera. Ya que de esto se trata: de salir de este bucle y, si es posible, provechosamente. El discurso habitual sobre Céline contribuye a la confusión. Exponer como una contradicción en los términos la dualidad sobre

la que este discurso gira una y otra vez y quedarse ahí implica que estos sean del mismo orden, empaña la existencia de la literatura como tal, enturbia el sentido de nuestros valores. Cabría esperar que el caso límite, irritante, doloroso de Céline, en lugar de bloquear la reflexión, nos ayudara, por el contrario, a clarificar nuestra concepción de la literatura y de nuestra relación con ella en este fin de siglo. Céline tiene mucho que enseñarnos sobre la noción proustiana del yo creador y sobre la relación, siempre tan difícil de discernir, entre el arte y la moral, y por otro lado, sobre ciertos aspectos del racismo y del antisemitismo.

Desde hace veinte años le he dedicado buena parte de mi trabajo, en forma de ediciones y de crítica literaria. Una forma de manifestar la íntima convicción en la fuerza de una obra, sobre todo cuando es tan controvertida como esta, es ofrecer textos fiables y anotados, y convertirla en objeto de un profundo análisis. Pero estos estudios son, necesariamente, especializados. Incluso cuando pretenden ofrecer una visión de conjunto, deben, como cualquier trabajo sobre el conocimiento, delimitar constantemente la perspectiva, elegir la problemática y, a veces, centrarse en algunas obras que resulten más significativas para el estudio. También se imponen, para respetar las exigencias del saber, mantenerse en los límites de lo impersonal y, en aras del rigor, utilizar sólo términos metódicamente establecidos que, por ese motivo, no suelen ser de uso general.

Hay un tiempo para cada cosa. Hoy desearía situarme en la posición de aquel lector a quien se le pregunta qué valor atribuye a una obra (él personalmente, su reacción como lector, al margen de todo lo que haya podido leer o

escuchar sobre ella), qué lugar ocuparía en su biblioteca ideal y qué posibles problemas de conciencia le plantea. No se trata de considerar la obra en uno u otro aspecto o en determinadas partes, sino en bloque, como un todo, y saber qué opinión se tiene de ella, a través de ese nombre, Céline, que ya sólo la designará a ella y no al hombre a quien designaba mientras él vivía.

Lo haré sin el aparato de términos y categorías del crítico, pero también sin el complemento de las citas del autor con las que normalmente aquel respalda su comentario. Para el crítico, las citas son las pruebas que se siente obligado a aportar sobre cada aspecto. Sin embargo, tienen el inconveniente de mezclar dos textos de distinta naturaleza; cada uno de ellos perjudica la continuidad del otro. En el peor de los casos, el comentario no es más que un fino hilo que conecta fragmentos del texto comentado, cortado y resituado de forma distinta a como el autor quería. En el caso de Céline, la tentación es todavía mayor, ya que la menor cita suele acentuar cualquier página del comentario, e incluso corroborarla. Pero, en este caso, había que renunciar a esta ayuda. Toda reflexión supone también distanciarse del objeto. Espero que esta evoque suficientemente la obra de Céline a aquellos que la han leído y no reduzca el placer del texto a aquellos a quienes incite a leerla.

1. Un diálogo de sordos

Debemos dejar de dar vueltas en círculos a propósito de Céline. Todo empezó con un diálogo de sordos. Mientras algunos, una vez desplegada la obra en toda su magnitud, reconocían en Céline a un escritor de la talla de Proust o de Joyce, para otros sólo era un panfletista antisemita, otro Drumont. Por un lado, la creciente evidencia de que es uno de aquellos que tienen algo que decir sobre el hombre y su tiempo que únicamente ellos pueden decir, y que para hacerlo han forjado un estilo que los inscribe en la historia de la prosa francesa, tras todos aquellos que la han construido, de Montaigne a Pascal, de La Bruyère a Saint-Simon, de Voltaire a Chateaubriand, de Stendhal a Barrès y a Proust. Por el otro, la íntima convicción de que la pluma que escribió las páginas de exaltado antisemitismo de los panfletos no sabría escribir nada que pudiera conmovernos; la profunda resistencia a definir a alguien así por otra cosa que no sea su antisemitismo.

La situación, en treinta años, ha evolucionado. El número de lectores sensibles a la fuerza del Céline escritor ha crecido hasta el punto de que esta es difícilmente negable; en cuanto al antisemitismo, ya era más que evidente. Para quienes miran la literatura desde la distancia, esto no tiene

ninguna consecuencia. Pero la mayoría de los admiradores de Céline, incluidos los más entusiastas, se sienten divididos. Cada vez que reconsideran ciertos hechos de su vida o releen determinadas páginas de su obra, sienten la misma indignación o repugnancia que aquellos que la rechazan por completo. Sin embargo, es inevitable que cuando releen lo mejor de sus textos, esta admiración siga intacta. Aunque es posible que de entrada hayan decidido no separar lo mejor de lo peor, ¿alguna vez piensan en ellos de forma distinta? ¿Ya sea alternándolos, ya sea viendo lo peor como generalizaciones y abstracciones que, por así decir, los vacían de su sustancia? Hemos llegado a un punto en el que, con mayor o menor convicción —los unos para no ir contra la opinión general, los otros con pesar—, nos limitamos, a falta de algo mejor, a relacionar términos que sabemos perfectamente que no son de la misma naturaleza. De unos a otros sólo cambia el orden: bien «gran escritor, pero terrible antisemita», bien «terrible antisemita, pero gran escritor». Resumiendo en forma de titulares, hay infinidad de variantes de una misma fórmula que se está convirtiendo, a escala internacional, en un lugar común de nuestro tiempo: «Céline: A towering, reprehensible genius» (*The New York Times Review of Books*, 11 de agosto de 1992); «Céline: un génie détestable» (*Le Figaro Magazine*, 8 de enero de 1994); «Ce grand écrivain fut un salaud» (*La Quinzaine littéraire*, 16 de enero de 1994).

Estas expresiones destinadas a satisfacer a todo el mundo construyen ese falso consenso blando que es uno de los azotes de nuestra época. Con ellas se pretende que uno matice al otro: el nombre, al adjetivo; el sujeto, al atributo,

como si un escritor fuese menos escritor (o fuese un escritor mermado) porque es antisemita, o un antisemita fuese digno de mayor indulgencia porque es escritor. A su nivel, ambas contribuyen a confundir los valores.

Y contribuyen más todavía en la medida en que a menudo no se han pensado detenidamente. Este lugar común en forma de definición sólo intenta tapar un constante diálogo de sordos. Se asocian los dos términos para escamotear mejor uno de ellos. El resultado es casi siempre el de dar gato por liebre. Una vez nos hemos enmendado con un breve aplauso a Céline, que no significa nada para nosotros —o apenas—, tenemos plena libertad para desarrollar el otro. «Ciertamente, es un escritor muy dotado, pero qué terrible antisemita, ya verá usted hasta qué punto»; «cierto, un terrible antisemita, pero menudo escritor, y aquí tiene la prueba». Este vaivén ni tan siquiera persigue confrontar los dos términos: reducido a su expresión más simple, el primero queda prácticamente anulado. Ambos calificativos tienen tal amplitud que, al parecer, no caben en un mismo nombre.

Aquellos a quienes, aunque sólo sea de oídas, ha influido conocer el antisemitismo de Céline antes de haber leído algo de él, tienden espontáneamente a pensar que *en esencia* no puede ser un gran escritor. A pesar de esta concesión verbal, nada altera su profunda convicción de que la atención que se presta actualmente a Céline es una simple cuestión de modas o, peor todavía, una señal del insidioso regreso de viejos peligros. En cuanto a quienes ya conocían previamente su obra y la admiraban, algunos de ellos, ajenos al racismo (no hablamos de los que lo leerían por afi-

nidad ideológica), no aceptan, por una reacción perfectamente comprensible, que un autor que les proporciona tanto placer haya podido escribir algo tan reprochable. De ahí que una de dos: o bien se intenta negar la gravedad del antisemitismo de Céline, para excusarlo, relativizarlo, interpretarlo, es decir, para desnaturalizarlo —al igual que los primeros no podían admitir hallarse ante un escritor en toda regla, ellos no imaginan que este escritor que admiran pueda ser un antisemita en toda regla—. O bien, y esto es más grave, es el origen de una anomalía: ¿acaso ese antisemitismo que para ellos es secundario, ya que se enfrentan a él cuando ya los han conquistado sus novelas, no es también secundario, véase irrelevante o excusable, en su caso? Este es precisamente el temor de los primeros: que su antisemitismo pueda llegar a disculparse por su talento literario.

Sin embargo, un rechazo puede ocultar otro. Leer a Céline no es, desde ningún punto de vista, ni fácil ni cómodo. Su uso del lenguaje y de la narración perturba nuestros hábitos. Para disfrutar de lo que nos aporta esta escritura y esta narración renovadas, hay que empezar por aceptar que nos desestabilice. ¿Qué significan, *exactamente*, esa palabra coloquial, esa frase que en realidad no lo es? ¿Ese pronombre remite a esto o a aquello? Por otro lado, por poco mojigato o púdico que se considere el lector, siempre hay un momento en que Céline lo perturba por su forma de referirse una y otra vez al cuerpo, a sus funciones y deyecciones. Pero esto no sería grave si, además, no hubiera una visión de la vida y del ser humano, implacable hasta lo insostenible. Céline no sólo arremete contra nuestros pudo-

res, también incide en nuestras creencias. Creemos que no podemos vivir sin un mínimo de confianza, y es esta confianza lo que Céline no deja de destruir a fuerza de fórmulas que cada vez van más lejos para expresar un sentimiento que todo invita a considerar como desconfianza, asco, desprecio, odio o rabia. En las reacciones que provoca en el lector, ¿cuáles se deben a la condena del antisemitismo y cuáles al rechazo de una visión tan tenebrosa? Es tentador vincular a ambas. ¿Cómo alguien que desconfía hasta ese punto de los hombres renunciaría a centrar sus ataques en algunos de ellos? La relación causa-efecto no sea quizá tan evidente como parece. Por provocador que resulte y por empeñado que esté en reaccionar contra un optimismo que ve como el peor de los peligros, el pesimismo de Céline tiene sus límites. No obstante, ¿no es precisamente la sombra alargada de sus textos polémicos que se cierne sobre el resto de sus obras la que impide ver estos límites? Antisemita porque desesperanzado del hombre, y esta desesperanza confirmada por el antisemitismo. Tal vez este sea otro círculo vicioso del que haya que salir. ¿Y si pensamos que a Céline le desespera el hombre hasta ese punto *porque* lo sabemos antisemita?

El escándalo, como muy bien vio y dijo Bernanos ya en 1932, es consustancial a Céline. De nosotros depende, individual y colectivamente, hacer de él el buen uso del que todo escándalo es susceptible, y para ello lo primero es no rehuirlo. Sin embargo, es lo que seguimos haciendo cada vez que, intencionada o automáticamente, mareamos la perdiz metiendo a Céline en la lista de los cuatro o cinco escritores de su época que tienen en común haber sido an-

tisemitas, e incluso colaboracionistas. Algunos de ellos podrían tener cierto talento, pero el de Céline es de otro orden. Por propia experiencia como lectores sabemos que, desde el Renacimiento, cada siglo de nuestra literatura puede resumirse en una decena de nombres, aunque más allá de este primer círculo disfrutemos con alguna obra de menor envergadura. Para todo escritor, la muerte es el momento decisivo que marcará si su obra está destinada a sobrevivir y qué lugar ocupará. Treinta años después de la muerte de Céline, todo parece indicar que entrará a formar parte de la gran tradición. Aunque para algunos su nombre sigue siendo sinónimo de antisemitismo, para muchos otros ya es sinónimo de literatura.

Esto es lo que hace de él un caso único. Su obra es el campo de batalla de un conflicto aparentemente irresoluble de dos valores que necesitamos por igual. Es tanto la encarnación de uno de ellos, la literatura, como la negación del otro, la afirmación de la identidad y la igualdad esenciales de todos los hombres. ¿Qué sino el arte, y ante todo la literatura, nos permite escapar del control de los mecanismos sociales y las técnicas que nos asedian, nos permite hablar con nosotros mismos y devolvernos una imagen que justifique nuestras luchas? Pero, asimismo, ¿cómo podríamos renunciar al principio de la identidad de los hombres, nosotros que en nuestro siglo hemos visto con qué dolor y vergüenza se paga esta negligencia? En Céline, la contradicción es tan escandalosa que parece que no podamos adherirnos a ambos valores sin separarlo de uno de ellos, ya sea negándole su calidad como escritor, ya sea considerando que su antisemitismo es distinto al de los de-

más. Sin embargo, sería todavía más grave si, por su causa, acabáramos olvidando el sentido de alguno de estos valores. Pero ¿no es acaso lo que hacemos cuando consideramos menores o desdeñables, ya sean los logros literarios, comparados con el antisemitismo, ya sea el antisemitismo, comparado con los logros literarios? Céline es un campo magnético de tal fuerza que consigue desorientar a más de una brújula.

No obstante, llevó su fuerza de escritura y su furia antisemita a tal grado de intensidad que debería ayudarnos, más allá de su caso individual, a afianzar nuestra conciencia y nuestro conocimiento de los valores que una y otra implican. El escándalo en sí puede ser fecundo, siempre que no permitamos que degenera en un simple malestar al que nos acostumbraríamos a fuerza de repetir las mismas fórmulas.

No lo conseguiremos sin un esfuerzo para distinguir al hombre Céline de su obra, que a partir de ahora será lo único que nos ocupará. Céline hizo todo lo posible para que se le confundiera con su obra. No porque se expusiera y contara su propia historia. Demasiados después de él han intentado este espejismo de novela autobiográfica para que caigamos en la trampa. Pero él dio un paso decisivo en otro sentido. En determinado momento salió del juego novelesco. Los panfletos eran textos que levantaban acta y por ello implicaban personalmente al autor. En apariencia, ponían fin a la confusión entre esa persona y aquella que, bajo el mismo nombre, decía *yo* en las novelas.

Por tanto, no sorprende que el escándalo de la obra derive en curiosidad por el hombre. Y, en este caso, todo se

combina para alimentar la curiosidad: unos con la voluntad de no omitir un aspecto particularmente difícil, y otros con el deseo de desacreditar una obra de la que consideran que se habla demasiado. En todos ellos, la ilusión de descubrir la clave de un misterio irritante.

Pero, así, sólo se cae en otra trampa. Los hechos de esta vida ya se establecieron hace más de veinte años, incluidos los más embarazosos, que, por otra parte, son textos. Todas las biografías se apoyan en ellos. Por lo demás, dada la imposibilidad de alcanzar la objetividad o una verdad definitiva sobre un hombre, los biógrafos deben inevitablemente elegir entre dos actitudes. O bien, partiendo de su admiración por la obra y llevados por la tendencia natural a intentar encontrar detrás de ella a un hombre que puedan apreciar, o incluso amar, se esfuerzan y a veces se las ingenian para destacar aspectos positivos de esa vida. O bien, partiendo de una posición hostil, buscan el lado más oscuro del hombre, rodeando los hechos comprobados de un halo de otros tantos que podrían imputársele a Céline mediante interpretaciones desfavorables o sospechas y, para rematarlo, mezclándolo todo, añaden innumerables defectos que podrían atribuirse a una personalidad con tantas aristas como la suya: fabulador, avaro, brutal, cascarrabias, desagradecido, etc. ¿Cuál se impondrá? Es probable que veamos durante todavía mucho tiempo cómo gira la noria de estas biografías, una más indulgente, otra más denigrante, y así sucesivamente. Si hay un ámbito en el que se puede girar en círculos es sin duda este. Como si, por las cualidades y los defectos del hombre o valorando su comportamiento, se pudiera esperar hallar la solución al pro-

blema que nos plantea la obra por su escándalo. Fuera lo que fuese lo que dijera él mismo, no se puede reducir al escritor a mero actor de su historia. Favorable o desfavorable, el juicio que los biógrafos emitan sobre este no es pertinente para aquel, y viceversa. Desde este punto de vista, incluso los escritos íntimos y las cartas deben distinguirse de la obra.

Céline no está en Destouches. Él está en esas tres o cuatro mil páginas de prosa que en su mayoría atrapan a los amantes de la literatura por su fuerza, su comicidad, su refinada escritura, y son sólo algunos centenares las que impactan por un antisemitismo humano y moralmente insostenible. Mezclar ambos términos es lo que crea el escándalo, y hay que considerarlos con la misma seriedad allí donde se encuentran, es decir, en los textos. La única forma de avanzar en nuestra relación como lectores con esta obra problemática es empezar calibrando, por un lado, lo que aporta a la literatura, y por el otro, el alcance de su antisemitismo. Sólo entonces, una vez determinado cada término en su plena extensión, podremos extraer de su coexistencia las enseñanzas, que van más allá de su caso particular, sobre la especificidad de su obra novelesca o sobre el valor intrínseco de la literatura.